

Siempre lo he dicho: cuando aquel 30 de noviembre de 1973 me dirigía hacia el Instituto Ramiro de Maeztu (Madrid) para elegir plaza, tras haber aprobado unas oposiciones a catedrático de



Enseñanzas Medias, la idea más decisoria de esa futura elección estaba relacionada con un antiguo catedrático mío en la universidad de Granada, D. Antonio Llorente, con su actual emplazamiento desde 1970 en Salamanca y con mi deseo de hacer la tesis doctoral con él. Y, como también constantemente he repetido (lo que muestra falta de imaginación), aquellas oposiciones, aquel catedrático y aquella tesis doctoral condicionaron mi vida en general y la científica en particular. Desde aquel día hasta hoy han pasado más de cuarenta años, mucho tiempo para no haber hecho algunas cosas. Así, en ese largo período, la docencia, a la que creo que me he dedicado con generosidad en sus distintos niveles, me ocupó un espacio amplio; otro trecho me dio la oportunidad de poder escribir algunos libros y artículos de la disciplina lingüística; es más, me atreví a presentar comunicaciones y ponencias en congresos y a aceptar invitaciones para impartir alguna conferencia, incluso he dirigido proyectos y creado una revista. Y es que más de cuarenta años son, me temo, demasiados años.